

Especialmente interesantes son las matizaciones que el autor hace entre la fe que espiritualiza y la fe que fanatiza. La primera conduce a los que la poseen hacia una más amplia y más comprensiva humanidad, mientras que la segunda funciona como un oscurantismo que impulsa al exterminio y a la persecución implacable de los semejantes. Pero, a pesar de las distinciones y matices, Fernando Savater, que se define como un ateo convencido, aboga decididamente por una sociedad laica no tutelada por ningún tipo de teocracia; se decanta por sociedades democráticas en las que las creencias trascendentes sean un derecho para cada cual pero no una obligación para todos. «Para que pueda realmente darse una sociedad laica –escribe– pero a la vez cohesionada y activa en la búsqueda de mejoras sociales, es preciso dejar bien claro que en la época actual ya no es imprescindible el poder unificador y justiciero de la religión para legitimar estos fines».

El lector tiene en sus manos un libro valiente en el que su autor pone de manifiesto, ante todo y sobre todo, su asco por la mentira. Citando a Michael P. Lynch, autor de *La importancia de la verdad*, escribe: «Los seres humanos mentimos con la misma naturalidad con que respiramos. Mentimos para ocultar nuestras inseguridades, para hacer que otros se sientan mejor, para sentirnos mejor nosotros mismos, para que nos quiera la gente, para proteger a los niños, para librarnos del peligro, para encubrir nuestras fechorías o por pura diversión. La mentira es un auténtico universal: se practica con destreza en el mundo entero». Savater concluye: «Aún así, la mentira no sólo me repugna sino que también me asusta». Y por si fuera poco, añade: «Realmente la mentira, es decir la falsedad voluntariamente asumida y propalada, tiene un parentesco necesario con la muerte; o lo que es lo mismo, proviene de ella y nos acerca a ella».

Les invito a sumergirse en este último ensayo de Fernando Savater: un sugerente trabajo sobre los espejismos y esperanzas del más allá y sus repercusiones prácticas en el más acá.

Un creyente crítico

En los primeros años de la Transición, Enrique Miret Magdalena empezó a escribir en las páginas del nuevo diario *El País*. En

su expresión se mezclaban ideas religiosas con análisis sociológicos, indagando así en la sociedad que se conformaba en las últimas décadas del siglo XX, hasta entrar en el XXI.

Esto es lo que Miret nos presenta en *Creer o no creer*, libro que recoge el conjunto de artículos publicados a lo largo de unos veinte años. El autor los ordena y agrupa en trece capítulos en los que mezcla una parte de religión abierta a nuevos tiempos con diferentes dosis de sociología, economía y política. Los distintos apartados nos hablan de los cambios en la sociedad española, de las leyes, de la moral, de la globalización, de la evolución de la Iglesia, del cristianismo, de razón y fe, de religión y violencia, del misterio del cosmos, del mito de la religión, etc. Miret Magdalena se plantea múltiples interrogantes y dilemas, tales como: ¿Se puede vivir sin valores? ¿Existirá el cristianismo en el siglo XXI? ¿Son tontos los creyentes? ¿Está la razón contra la fe? ¿Hay que volver a los modelos humanistas?... Y como creyente crítico se va dando respuestas sin perder nunca de vista el sentido crítico que le caracteriza. «Las críticas –puntualiza–, vengan del ala conservadora o de la progresista, deben aceptarse para enriquecer nuestro pensamiento, ya que ahogándolas o desacreditándolas no se consigue nada; aumentar, si acaso, el malestar». Se identifica con santo Tomás, el del Evangelio, que quiso cerciorarse personalmente de la presencia de Cristo crucificado y no dejarse llevar de las palabras de los demás. Está claro que el veterano autor del libro que comentamos no está dispuesto a convertirse, en ningún momento y menos a estas alturas del curso, en oveja muda.

«¿Hay que hacer, por tanto, caso omiso de las orientaciones oficiales de la Iglesia» –se pregunta en un determinado momento–? Su respuesta insiste en que hay que distinguir entre la fe y sus expresiones. «Estas últimas –dice– pueden y deben cambiar con los tiempos, las personas y las culturas, y no aferrarse a fórmulas que son expresiones de épocas distintas a las nuestras o que resultan simples opiniones no definitivas que no pueden obligar al creyente, aunque vengan de papas, cardenales, obispos o clérigos». Y se plantea entonces: «Pero, ¿qué es la fe? ¿Se trata de una obediencia ciega a algo que nos mandan aceptar?». Su respuesta es un no rotundo: la fe es para él una experiencia, con todo lo que comporta la palabra «experiencia», de razón, de fruto de la vida, de conciencia positiva de ella. «Un hombre de experiencia –matiza–

no es un ciego sentimental ni un menor de edad mental. Es alguien que va decantando, a través de su vida, los elementos positivos que ella le proporciona». Más adelante afirma que la fe es, sobre todo, apertura al misterio: «Tener un alma abierta, querer siempre más allá, no aceptar ninguna limitación», dice recordando los testimonios del biblista crítico Bultmann y del teólogo Karl Rahner.

Para Miret lo realmente importante es esa experiencia moral básica, la llamemos como la llamemos, y nos anima a preguntarnos: «¿quién es el verdadero creyente, el que dice no creer y escoge en su vida el bien por el bien, sacrificando su egoísmo, o quien no hace eso en su egoísta vida moral y acepta sólo intelectualmente unas creencias religiosas?». Porque «tener fe no es tener que aceptar jeroglíficos abstractos, sino aceptar con valor y entrega la vida en su profundidad; y no hacerse más problemas de un catálogo de conceptos abstractos que nos evaden del misterio profundo de esta vida que todos llevamos dentro».

Este libro anima a salir de los callejones sin salida, a dejar los sistemas cerrados, en cualquier rama del saber o del hacer, y adoptar ante la vida la actitud que se desprende del *escepticismo constructivista* que hizo dar pasos de gigante a nuestra ciencia actual; o del *fictionalismo* que propugnó el filósofo de la ciencia Henri Poincaré, consiguiendo así sus invenciones físico-matemáticas; o el *como si* de Vaihinger que utilizó con gran éxito san Ignacio de Loyola cuando recomendaba el uso de los medios humanos como si no hubiera divinos, y de los divinos como si no existieran los humanos.

Consciente de que la sociedad está cambiando a pasos agigantados, Enrique Miret Magdalena, veterano creyente crítico, concluye: «La economía, la política y la sociedad han cambiado, pero no acertamos con el rumbo adecuado para vivir todos mejor. Tampoco acierta la religión, lo mismo en Occidente que en Oriente. Y no sabemos si está desapareciendo el cristianismo en Europa o quiere surgir un nuevo y mejor cristianismo inspirado en la sencillez del primitivo que enseñó Jesús en los Evangelios».

¿Cómo se puede hablar hoy de Dios, de lo inefable? No se puede hablar correctamente de Dios —ya lo apuntábamos al comienzo de este escrito—, sólo se puede narrar cómo actúa sobre los hombres y los bienes espirituales que les comunica; sólo se puede hablar de Él de manera existencial, histórica y biográfica. El

nonagenario Miret sabe un poco de esto, no tanto por viejo como por sabio, por eso, para él, la persona realmente cristiana es aquella que se caracteriza por su confianza incondicional en Dios, y por su actitud fundamental ante la vida basada en la paz, el amor y la reconciliación. «Donde se viva ese deseo efectivo –escribe–, por la paz, por la ayuda mutua y la solidaridad, se hace concreto el ‘Cristo espiritual’» **©**